

# Pobreza, ética y eficacia/

Mons. José Dammert B.

En esta época de grandes y rápidos cambios es importante tener espacios para reflexionar y dialogar. Esto es lo que ha querido ser este Foro organizado por el Movimiento de Profesionales Católicos. No es el primer Foro que ellos organizan y es de esperar que continúen realizándolos porque son muy necesarios y útiles y permiten un intercambio de ideas de gran calidad intelectual, animadas por un hondo compromiso con nuestro país.

Entre los profundos cambios actuales, existe uno muy grave que ha constituido el tema de este Foro: el aumento de la pobreza. Según el informe de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano, en 1960 la disparidad de ingresos entre el 20% más pobre y el 20% más rico a nivel mundial era de 1 a 30, mientras que en 1989 se había duplicado a 1 a 59. El Perú es uno de los países donde la desigualdad es más profunda. El número de pobres se ha duplicado en los últimos años, hasta alcanzar a las dos terceras partes de la población peruana.

La pobreza tiene muchas manifestaciones: el hambre, la desnutrición, la enfermedad, la limitación de las posibilidades del ser humano, la restricción de su libertad. La condición de pobreza va acompañada con mucha frecuencia por la lacra de la discriminación racial o cultural, usada tantas veces en nuestra historia para justificar la explotación de los indios, africanos, chinos, serranos o nativos, como mano de obra barata para la agricultura, minería, industria, así como en el servicio doméstico y militar.

\* Intervención en el último panel del Foro sobre "Pobreza, ética y eficacia", organizado por el Movimiento de Profesionales Católicos, realizado en Lima, del 28 al 30 de setiembre de 1994.

Otro mal ligado a la pobreza es la desigualdad de hecho ante la ley, que lleva a que inocentes sean condenados a penas graves, por carecer de medios económicos e influencias. El hecho diario es que los pobres tienen que probar doblemente su inocencia, mientras que el precepto jurídico y humano, que aún figura en nuestra Constitución, es que uno es inocente hasta que se pruebe lo contrario.

Esta situación, escandalosa en una época de tan grandes posibilidades materiales y técnicas, no sólo amenaza el futuro de la humanidad y la viabilidad de nuestro país, sino que interpela la conciencia humana y cristiana.

Porque no es una fatalidad inevitable, sino el resultado de decisiones y acciones humanas que se expresan en políticas y se cristalizan en modos de organizar la economía y la sociedad, y que tienen sus raíces en el egoísmo humano y en el desprecio del prójimo. O, como ahora se pregona, en la búsqueda exclusiva del propio provecho aduciendo que a la larga eso favorecerá a los otros, y descalificando toda preocupación social como generadora de mayores problemas.

Esta situación debe cambiar. Es un imperativo ético, humano y cristiano. Pero en esta tarea poco se avanzará sin la convicción real y práctica de que la persona humana es el fin supremo de la sociedad y del estado, y por tanto de la economía. Y no es tolerable justificar como costo social inevitable una situación que vulnera los derechos más fundamentales del ser humano.

Debemos construir una verdadera ética cívica, la cual no sólo consiste en impedir y castigar la corrupción y el delito, sino en procurar una sociedad cada vez más justa, igualitaria y participativa. Esta es una dimensión central de la misión evangelizadora de la Iglesia, y por eso no podemos dejar de recordarlo "oportuna e inoportunamente", porque toda vida humana es un fin en sí mismo, valiosa y única a los ojos de Dios.

Es urgente buscar soluciones y hacerlo con eficacia. Hemos reflexionado en este foro sobre la eficacia de la solidaridad. La solidaridad debe expresarse en hechos, en decisiones políticas que persigan la eliminación de la pobreza. Sabemos que para ello es necesario un proyecto de desarrollo nacional que permita a todos los peruanos condiciones de vida más humanas.

Un componente importante de este desarrollo nacional debe ser la superación del centralismo. Esto implica también un uso de los recursos naturales que no repita errores del pasado, en que se perdieron adelantos agrícolas antiguos como canales, andenes, reservorios y caminos, en pro de la minería, extracción de metales que aprovechó al extranjero mientras que para el país sólo significó limitadísimas ventajas y más bien se destruyeron tierras de cultivo y bosques por un beneficio inmediato sin ninguna visión

de futuro. ¿Que quedó de la ilusión del salitre, y luego de la del guano, el caucho, o la pesca? Además se moteja de terroristas a quienes luchan por un aprovechamiento no depredatorio de nuestras riquezas.

Nuestra diversidad y riqueza de recursos naturales no debe llevarnos a la ilusión o la destrucción, sino al trabajo inteligente y esforzado que es una necesidad y demanda de la población, sobre todo de los jóvenes.

Sabemos que el empleo es tremendamente insuficiente en nuestro país y que debe ser una preocupación central. Pero también es verdad que las posibilidades de vida digna para los peruanos no pueden depender sólo de un trabajo que es escaso y mal remunerado. El derecho a la vida no puede depender de la capacidad adquisitiva. Se requiere formas concretas de solidaridad que aseguren el acceso de todos a la educación y a la salud.

Por eso la política social es una tarea fundamental del Estado y responde al principio de justicia distributiva, mediante los impuestos y el presupuesto nacional, más aún en un país tan desigual como el nuestro; de otro modo sería falaz hablar de igualdad de oportunidades. Por ejemplo: ¿qué oportunidades pueden tener nuestros niños y jóvenes, desnutridos y con una educación de mala calidad, que entran con tantas desventajas a un sistema basado en la competencia?

Nuestro pueblo no puede ser considerado perfecto, pues está formado por seres humanos con virtudes y defectos. Pero hay rasgos de este pueblo que me parecen positivos y dinámicos para combatir la pobreza con solidaridad y eficacia: desde el cariño y cuidado del campesino andino por la tierra, hasta la pujanza de los pobladores de pueblos jóvenes en la construcción de sus viviendas; desde el anhelo y sacrificio por la educación de los hijos hasta la capacidad de reconstruir lo dañado por los desastres naturales o la violencia. Está también la imaginación y creatividad para sobrevivir en la tremenda crisis económica, ya sea creando su propio empleo, u organizándose para la alimentación o la salud, pero no resignándose nunca a la pobreza o al infortunio.

Muy conocida es, y merecidamente, la madre Teresa de Calcuta, pero creo que hay hoy miles de personas en nuestro país que, con abnegación y escasos recursos, realizan verdaderos milagros para mantener y desarrollar la vida humana. Ciertamente son una prueba de que la solidaridad es eficaz.

Como Iglesia estamos llamados a comprometernos con los movimientos de solidaridad con los pobres y de los pobres, sólo así podrá verificarse nuestra fidelidad a Cristo. Como dijo Juan Pablo II en Santo Domingo: ¡Los pobres no pueden esperar!

El desafío, pues, de este momento en el Perú es encontrar los caminos para combatir la pobreza con eficacia y solidaridad. La reflexión de estos días ha sido un aporte a esta tarea grande y difícil -pero impostergable- a la que estamos todos convocados.